

LA ORDEN DE MALTA ENTRE EL GRAN SITIO Y LEPANTO

Carlos MORENÉS Y MARIÁTEGUI
Subdirector del Instituto Complutense de la Orden de Malta

Alguna vez me han preguntado por qué la Orden de Malta, que durante el siglo XVI se empleó a fondo en la mayoría de las acciones militares y navales del Mediterráneo, participó sin embargo con una reducida presencia en la batalla de Lepanto. Desde luego sorprende que la Religión, poseedora habitual de una flota de cuatro a siete galeras y otros buques, aportara sólo tres de ellos, un reducido número de caballeros y no más de 600 soldados a esta gloriosa batalla naval. No por ello su actuación fue menos sonada y heroica que en ocasiones anteriores. Los caballeros de Malta sufrieron en Lepanto uno de los más duros castigos de la flota aliada. Setenta de ellos murieron en el combate. Desafortunadamente no conocemos sus nombres por una imperdonable omisión de los cronistas y responsables de las actas de la Orden en aquella época.

Vamos a intentar exponer las causas de esta relativamente pequeña presencia en la Santa Liga y para ello nos referiremos a la situación de la Orden desde el gran asedio de Malta hasta la víspera de la famosa batalla naval. Nos ocuparemos, por tanto, de un período de solo seis años, comprendido entre el 11 de septiembre de 1565 cuando la poderosa flota de Solimán el Magnífico abandonaba el sitio de Malta dejando 30.000 cadáveres en la pequeña isla, y el 7 de octubre de 1571, cuando las galeras de Malta, unidas a la flota aliada, se encontraron frente a los turcos en el golfo de Lepanto.

En septiembre de 1565 una gran armada enviada por Felipe II llegó al socorro de Malta, asediada por Solimán desde hacía cuatro meses. La decisión Real de acudir en ayuda de los caballeros no sólo estaba motivada por evidentes razones estratégicas, pues la pérdida de Malta podría haber arrastrado la de la cercana Sicilia. Felipe tuvo que recordar también en esos momentos los numerosos e impagables servicios que los sanjuanistas habían prestado a la Corona española en las campañas mediterráneas. Probablemente por ambas razones, el Rey no sólo envió un fuerte contingente sino también a los más brillantes de sus capitanes. Allí se encontraron el propio virrey

García de Toledo, Álvaro de Bazán, Juan Andrea Doria, Álvaro de Sande, Juan de Cardona, Sancho de Leyva, Gonzalo de Bracamonte, Ascanio della Cornia, Lope de Figueroa y Barradas, Sancho de Londoño, Gil de Andrada, Bernardino de Mendoza y otros muchos.

Ante el desembarco de los españoles, el turco levantó el sitio y emprendió la huida. Pero el que huía no era un ejército a punto de vencer la resistencia de los caballeros y conquistar la pequeña isla. Era un ejército diezmado y prácticamente derrotado después de ciento veintidós días de infructuoso asedio. Las tropas de la Gran Puerta estaban al límite de su resistencia física y moral frente al reducido e indestructible grupo de héroes. Sólo trescientos caballeros, sobre los quinientos cuarenta y tres que estaban al comienzo del asedio, quedaron con vida para comprobar que habían salvado la isla y con ella habían cerrado a doble llave la puerta de poniente. Desde la conquista de Rodas, los turcos no habían sufrido ninguna derrota significativa en el Mediterráneo y el gran fracaso de Malta supuso el principio del fin para su creciente imperio. Fue, en definitiva, el último intento turco para acceder al Mediterráneo occidental.

Sin embargo la flota de Solimán no se puso a tiro de los cañones sanjuanistas y apenas sufrió daños durante el asedio. Se retiró prácticamente intacta, aunque seriamente mermada en marinería, tripulaciones y remeros. A raíz de este suceso se tomó en occidente verdadera conciencia del peligro otomano. Felipe II decidió reforzar al máximo la flota y antes de finalizar el año cerca de 80 nuevas galeras se encontraban en construcción en Barcelona, Nápoles y Sicilia.

El gran sitio de Malta fue celebrado en su época con grandes festejos y solemnes ceremonias. Tanto el Papa como aquellos soberanos que habían hecho oídos sordos a las llamadas de socorro de los caballeros, no dudaron en felicitarles efusivamente mientras que, en un escandaloso ejercicio de cinismo, criticaron ferozmente la tardanza del rey Felipe en enviar el auxilio a la isla. Malta se encuentra en el apogeo de su gloria. Todas las cortes europeas se deshicieron en elogios y celebraciones por la victoria, incluso Isabel de Inglaterra que había confiscado todos los bienes de la Orden en su país, organizó un servicio de acción de gracias en la catedral de San Pablo, mientras el arzobispo de Canterbury ordenaba rezos de agradecimiento durante seis semanas. La victoria fue vista en la Inglaterra protestante como la salvación de Europa.

Pío IV ofreció el capelo cardenalicio a La Vallete. El Gran Maestre, dolido por la falta de ayuda del Papa durante el asedio, rechazó dignamente el honor

alegando que no podría compatibilizar los dos cargos. “Además –añadió el Gran Maestre al Papa en su contestación algo crispada– *la cruz blanca de Malta no queda tan bien sobre fondo rojo como sobre fondo negro*”, en alusión a su hábito y al de los cardenales

Tras la victoria, Felipe II, único soberano que acudió en socorro de la isla, ofreció al Gran Maestre una lujosa espada de parada y un puñal, considerados entre las más notables joyas de la orfebrería alemana del siglo XVI. Desde entonces, todos los 8 de septiembre, en la misa de acción de gracias con que la Orden conmemoraba la heroica gesta, el Gran Maestre blandía esta espada desnuda durante la lectura del Evangelio. Era la única ocasión en que en el mundo cristiano se podía desenfundar una espada en una iglesia. Las dos armas, robadas por Bonaparte, se encuentran hoy en el museo del Louvre de París. La hoja de la espada no es la original pues fue desmontada en Francia para su protección frente a una revuelta y posteriormente pérdida.

Volvamos a la isla de Malta para comprobar cuál fue el precio de la gloria para los caballeros. Tras la sonada victoria y tras los homenajes y parabienes de toda la Cristiandad, se encontraba una isla en situación calamitosa. Cadáveres por doquier, los núcleos de población rural quemados, sus fuertes en ruinas, las murallas hundidas, las casas derruidas, los almacenes completamente vacíos, sin víveres ni dinero para comprarlos, los supervivientes demacrados y en su mayoría heridos, los cañones reventados por la intensidad de fuego a la que habían sido sometidos. Las tropas del rey Felipe, como dice la historiadora Engels, se encontraron con un ejército de espectros entre ruinas.

En el siguiente mes de octubre, cuando apenas habían salido los caballeros de esta durísima prueba, unas noticias amenazadoras llegaron a la isla. Solimán se disponía a un nuevo asedio de lo que él llamaba “*nido de escorpiones*”. El Sultán ordenó que se preparase una flota de 500 velas y que 50.000 remeros estuvieran preparados para el mes de marzo. Los caballeros supervivientes del gran asedio, arruinados y sin apenas defensas, se prepararon de nuevo para el combate. La victoria del Turco era segura y los sanjuanistas se aprestaron a morir ante la indiferencia de los príncipes europeos que sólo aportaron vagas promesas. Algunos caballeros aconsejan el abandono de la isla pero el Gran Maestre se niega en rotundo. No quiere rendirse ante la catástrofe cuando no lo había hecho ante el enemigo. Además ha recibido una petición expresa del Papa en la que, entre otras cosas, le dice *Vues-*

tra simple presencia en Malta inflamará el coraje de los cristianos e impondrá respeto al Otomano por terror al nombre que lo fulminó el año pasado. Sin embargo La Valette, indignado con los príncipes europeos, utilizó la amenaza de trasladar el convento a Sicilia mientras estudiaba la oferta de la isla de Córcega hecha a la Orden por los genoveses y por los propios corsos.

Felipe II, que hubiera sufrido directamente las consecuencias de este abandono, se apresuró de nuevo a socorrer a los caballeros. A finales de diciembre de 1565, envió 30.000 ducados en metálico y otros 20.000 en víveres y municiones. En junio de 1566, las galeras del rey Prudente llegaron a la isla bajo el mando de Juan Andrea Doria con seis mil infantes españoles, alemanes e italianos a las órdenes del marqués de Pescara. *Partirá V. S. deste puerto de Mesina con la bendición de Dios, con todas las galeras que hay en él, y otros navíos que van con municiones y vitualla y con todo juncto irá derecho a la isla de Malta ...* (1). Prometió el Rey, en el caso de que Malta sufriera un ataque, el envío de 3.000 alemanes y 5.000 españoles más (2). Felipe también tomó otras medidas: mantuvo la flota en Sicilia y reforzó las fortificaciones de La Goleta. El Rey francés, como siempre en vergonzosa alianza con el infiel turco, se frotó las manos pensando que tras Malta caería Sicilia y no prestó la menor ayuda. Los embajadores enviados por el Gran Maestre vuelven de Francia con sólo 300 gentileshombres voluntarios y 800 soldados reclutados por ellos. Todos son recogidos por las galeras de Malta en Siracusa y transportados a la isla. Los rumores sobre un próximo ataque turco se intensificaron y el Gran Maestre solicitó más ayuda. Sus enviados recorren las cortes europeas. La comunicación de La Valette con Felipe II es constante. Entrecruzan numerosas cartas y emisarios, entre ellos frey Antonio de Maldonado y frey Pedro de Boninsegna.

Doria y Pescara permanecieron una temporada en el pequeño reino sanjuanista donde ocuparon el tiempo entre ceremonias religiosas, maniobras militares, grandes comidas y también partidas de cartas con fuertes apuestas. Doria, muy aficionado al juego, llegó a perder una de sus galeras, aunque el ganador renunció a ella a cambio de una importante cantidad de dinero. Todos los días las galeras de Doria, cumpliendo las instrucciones recibidas, hicieron guardia alrededor de la isla hasta el anochecer (3). En el mes

(1) Carta de D. García a J. Andrea Doria. Colecc. Navarrete, tomo 12, doc. 60, fol. 390.

(2) Carta de Felipe II al Gran Maestre. NLM. Arch. 91, f. 167 v.

de julio se comprobó que la armada turca estaba actuando en las lejanas islas griegas y la época ya no era buena para emprender campañas en poniente. El 8 de agosto las dieciocho galeras españolas zarparon de Malta con Pescara y sus tropas. El Gran Maestre regaló al marqués un rico vaso de oro que la reina de Inglaterra envió a su antecesor Villiers de l'Isle Adam.

En 1566 un extraordinario suceso cambió el rumbo de la historia y los proyectos del Sultán. El arsenal de Constantinopla, donde se construían a toda máquina un gran número de galeras y galeotas, sufrió un atentado en su polvorín y el fuego devoró todos los buques en construcción. No se ha llegado a saber la paternidad de tan eficaz sabotaje, pero existen sospechas de que los causantes fueron agentes del Gran Maestre de Malta. Los turcos sin embargo atribuyeron el sabotaje a Venecia. Tres años después, en 1569, el arsenal de la Serenísima sería también devorado por un pavoroso incendio. Ante la imposibilidad de organizar una gran flota, el Sultán abandonó el proyecto de Malta y dirigió sus ejércitos contra Hungría.

El segundo domingo de febrero de 1566, el Gran Maestre La Valeta celebró un Capítulo General dedicado a la reconstrucción de la isla y al estudio de medidas de defensa inmediatas, entre ellas la rehabilitación y dotación del arruinado fuerte de San Telmo. Se ordena a los españoles frey Francisco de Guevara y frey Jerónimo Sagra que, de inmediato, abastezcan al fuerte de Sant Angelo de artillería, municiones y armas y que llenen sus cisternas de agua. Se decidió también la edificación de una nueva ciudad en lugar más seguro que las penínsulas del Burgo y Senglea. En junio llega a Malta el gran prior de Castilla, frey Fernando Álvarez de Toledo, con varias galeras. En el mes de diciembre arriba a Malta, enviado por el Papa, el ingeniero Francesco Laparelli. Seis días después de su llegada, Laparelli entregó su primer informe. Seis meses después ya tenía los planos completos. El Gran Maestre envió embajadores a las principales cortes europeas para recaudar fondos. El Papa promete 15.000 escudos, el Rey de Francia, 140.000 libras, el de Portugal 30.000 cruzeiros y Felipe II, 90.000 libras. Pero estas cantidades eran insuficientes. Sólo las murallas de la nueva ciudad costaban 235.000 escudos. Todos los comendadores europeos venden sus pertenencias, incluso sus muebles, pero aún así el dinero no alcanza. El comendador Mendoza es enviado a España para pedir ayuda al príncipe de Éboli, Rui Gómez de Silva, gran amigo del Gran Maestre y muy afecto a la

(3) Carta de D. García a J. Andrea Doria. Colecc. Navarrete, tomo 12, doc. 60, fol. 390.

Religión. Éboli prestó 50.000 escudos a dos años y sin interés. También el Papa dona la misma la cantidad. El comendador Francisco Guiral es enviado a Mesina con la galera *San Juan* para recoger este donativo. El 28 de marzo de 1566 se comienzan las obras de la nueva ciudad-convento-fortaleza situada en el monte Sceberras frente a la antigua capital del Burgo, rebautizada Vittoriosa, y a espaldas del fuerte de San Telmo. Para ello fueron contratados ingenieros y operarios italianos. Ocho mil personas trabajaron sin descanso, incluidos los días festivos por especial dispensa del Papa. Las galeras hacían continuos viajes en busca de materiales a Sicilia y a Italia. Incluso remontaron el Ródano hasta Lyon en busca de cañones de sus famosas fundiciones. Las piedras de las murallas derribadas por los turcos fueron reutilizadas. Toda la población maltesa se volcó en la ayuda. La actividad era febril. Como dice el comendador Bartolomeo del Pozzo refiriéndose a ello, no hay nada que haga a los hombres más industriosos que la necesidad. El Gran Maestre no se separó de los obreros durante la construcción de la nueva ciudad, incluso almorzaba con ellos. Como no había dinero para pagarles, mandó acuñar monedas de cobre de distintos valores según su tamaño y válidas sólo en la isla. A medida que van llegando remesas de dinero, estas monedas son canjeadas con exactitud. Es significativa la leyenda que figuraba en ellas *non aes sed fides*, que viene a decir que más vale la palabra que el vil metal. Poco a poco la ciudad, de trazado moderno y avanzado, fue tomando forma. Sus calles rectas y perpendiculares entre sí, estaban así diseñadas para facilitar el movimiento de tropas entre los bastiones que la rodean.

Durante estos años, numerosos caballeros españoles desempeñaron cargos de responsabilidad en Malta. Entre otros, Juan Antonio Fuster, Juan de Vargas, Pedro Rodríguez de León, Jerónimo de Huete, Fernando de Alarcón, Mateo Ferrer, Pedro Junyent, Rodrigo Maldonado, Juan Téllez de Guzmán, García de Mendoza, Diego Enríquez de Guzmán, Galcerán de Ros, Adrián Maimón, Francisco Martínez de Marcilla, Jerónimo de Acuña, Miguel de Homedes, Antonio Maldonado, Juan de Carvajal, Francisco de San Clemente, Luis de Rengifo o Gastón de Moncada. Otros españoles fueron designados para distintos cargos en las galeras, como Francisco Guiral y Francisco de Zanonguera, capitanes, Salvador Lavata capitán de la *Santa Ana*, García de Mendoza, “nauclerus” de la *Capitana*, etc.

En septiembre de este año de 1566, murió Solimán el Magnífico, el legislador, feroz y a la vez noble y generoso enemigo de los Grandes Maestres Villiers de l'Isle Adam y La Valette. Le sucede su hijo Selim, de mucha menos

talla que su formidable padre. Baste con decir que su apelativo era “el borracho”.

El enorme galeón del Gran Maestre fue enviado a España para recoger en el puerto de Rosas al comendador Diego de Solís con toda la recaudación en dinero y especies de las encomiendas ibéricas. A su vuelta fue descubierta una vía de agua que alcanzó grandes proporciones. El capitán hubo de desfondar las barcas de salvamento para que la tripulación y el pasaje no abandonaran el buque. Después de cinco días de angustia se pudo controlar la situación, aunque para alijerar la carga hubo que tirar al mar varias piezas de artillería destinadas a la defensa de la isla. Entre tanto las galeras de la Orden reanudaron sus actividades en la mar. También algún caballero armó buques por su cuenta. Entre éstos destaca el llamado Romegas que se haría famoso en Lepanto. En la primavera de 1567 conquistó dos bergantines turcos y atacó Zuaga, cerca de Trípoli, y Zuara, donde capturó sesenta esclavos que fueron destinados a la construcción de Valletta. Otro marino ilustre, Saint Aubin se acercó, en 1566, a las costas turcas para informarse de los movimientos enemigos; en la ruta de vuelta capturó una galera llena de especies y se hizo con 90 esclavos. La galera fue regalada al Papa por el Gran Maestre.

La salud de La Valette se deterioraba rápidamente. A su ancianidad se unían los quebrantos que había padecido a lo largo de su vida, como un año de cautiverio remando en una galera turca y heridas en el sitio de Malta. El Gran Maestre tuvo que soportar además algunos disgustos que, a pesar de su entereza, adelantarían su muerte. Entre otros, los asesinatos de su secretario, el comendador español Melchor de Eguaras, muerto de un tiro de arcabuz cuando volvía de despachar con el Maestre, y el de una joven y bella ahijada suya o los excesos de algunos jóvenes caballeros, eufóricos por la reciente victoria. Por su parte, el Papa Pío V, presionado por algunos intrigantes cardenales de la Curia, empezó a repartir entre ellos las ricas encomiendas y prioratos italianos de la Orden, eximiendo a sus titulares del pago de responsiones a Malta. Las constantes protestas del Maestre sólo obtuvieron buenas y también engañosas palabras del Papa que siguió con sus nombramientos. Éstos y otros contratiempos provocaron en el admirable y heroico La Valette una gran melancolía, lo que hoy sin duda hubiera sido diagnosticado como una fuerte depresión. Para distraerse organizó una cacería con aves de presa. El fuerte calor del mes de julio –los que hayan estado en la isla en este mes del año saben lo que supone– le causó una insolación que le produciría la muerte dos semanas después, el

22 de agosto de 1568. En sus últimos momentos La Valette recomendó como sucesor a don Antonio Álvarez de Toledo, de la Casa de Alba, gran prior de Castilla y personaje de gran valía. Pero las consiguientes e inevitables intrigas y la oposición de otro español, el Gran Cruz Maldonado, inclinaron la suerte en dirección de un italiano: Pietro del Monte. También hubo otros aspirantes al gran magisterio, como el caballero Gran Cruz Francisco de San Clemente, gran conservador y Pilier de la lengua de Aragón, del que tendremos ocasión de hablar más tarde. Pero San Clemente, siendo respetado y capaz, era a la vez tan tacaño en la administración de su albergue que los aragoneses allí alojados padecían verdadera hambre.

El nuevo Gran Maestre frey Pietro del Monte celebró unos impresionantes funerales por su antecesor. El cadáver de La Valette fue depositado en la iglesia conventual de San Lorenzo, en el Burgo, y luego transportado a través del gran puerto a la pequeña iglesia recién construida de Nuestra Señora de la Victoria, en Valletta. Más tarde se trasladaría a la cripta de iglesia conventual de San Juan, que en aquel momento se encontraba aún en los cimientos. La galera capitana llevó los restos del Gran Maestre. Navega rodeando el monte Sceberras, desarmada, desarbolada y remolcada por otras dos galeras armadas y recubiertas de paños negros. Arrastran sobre el agua banderas y estandartes tomados a los turcos. Dos galeras más, con ornamentos lúgubres, dan escolta. En ellas va el nuevo Gran Maestre, el obispo de Malta y todos los dignatarios de la Orden.

Del Monte continuó la reconstrucción de la isla y la edificación de la nueva capital Valletta con sus más de tres kilómetros y medio de murallas y bastiones. Un español, frey Raimundo Fortún, fue nombrado comisario de las fortificaciones. Para contribuir a la construcción de los albergues de las lenguas, solicitó el Maestre una contribución voluntaria a todas las encomiendas europeas. También se preocupó de restablecer la Marina de la Orden. Pronto las galeras de la Religión se hicieron a la mar con regularidad y las presas enemigas comienzan a caer una tras otra. El tesoro de la Orden comenzó a reponerse. Los caballeros interceptaron el rico tráfico de Alejandría y otros puertos hacia Constantinopla, llegando a hacer varias presas en las mismas bocas del Nilo. Sus continuos cruceros por Levante obligaron a la flota turca a actuar a la defensiva. Enterado el Maestre que cinco bergantines turcos estaban haciendo mucho daño en las costas de Sicilia, envió a sus cuatro galeras que capturaron a los corsarios y liberaron a gran número de esclavos cristianos.

Del Monte, necesitado de recursos para la reconstrucción de la isla, despachó patentes de corso bajo pabellón sanjuanista contra un impuesto del 10% sobre las presas. Estas acciones, también emprendidas por algún caballero a título particular, es lo que llamaban el *corso a danno d'infedele*. La actividad de corso y contra-corso de la Orden de Malta se intensificó a partir de Lepanto. Las grandes campañas de españoles y venecianos contra el turco y sus feudos africanos disminuyeron sensiblemente y la flota de la Orden y los propios caballeros se vieron libres para actuar por su cuenta. Sin embargo el corso maltés nunca fue más importante que las acciones regulares de la flota. Como ejemplo podemos decir que, en su momento de mayor esplendor a principios del siglo XVII, las rentas percibidas por corso no pasaron del 4% de los ingresos totales de la Orden.

En mayo de 1569 llegó a la isla una visita que produjo una enorme satisfacción al Gran Maestre. Se trata del padre Alonso Estudillo, comisionado por las comendadoras de San Juan del monasterio de Sijena para someterse de nuevo a la obediencia de la Orden de la que se habían separado durante algunos años.

El invierno de 1569-70 fue uno de los peores del Mediterráneo. Las condiciones de la mar fueron tan duras que apenas hubo navegación. Como consecuencia, se recibía poca información de las actividades turcas. Los sanjuanistas se encontraban aún en situación crítica por el reciente asedio cuando llegaron a la isla noticias de Constantinopla. Selim, el sucesor de Solimán, prepara de nuevo un ataque contra Malta. Sus temidas galeras, de color verde y rojo, comenzaron devastadoras razzias por las costas de África en busca de chusma y tripulaciones. Los arruinados caballeros consiguieron un préstamo de 70.000 escudos; con él llenan los almacenes, levantan nuevas tropas en el continente y organizan los restos de las milicias de la isla. Las cosechas son recogidas y almacenadas. Todos los sanjuanistas europeos son llamados a convento. España también se prepara y se refuerzan las plazas de África, de Nápoles y Sicilia. El Gran Maestre envió las galeras a Sicilia para fletar, por las buenas o por la fuerza, barcos mercantes con provisiones. Pero el marqués de Pescara, virrey de Nápoles, pensó que era más urgente avituallar la Goleta y embargó las galeras de la Religión y los mercantes contratados, después de asegurar al Gran Maestre que cuando aprovisionase la goleta iría con todos sus buques a la defensa de Malta. De buenas intenciones está el mundo lleno y Pescara vuelve de La goleta el 1 de mayo de 1570 con la escuadra en estado desastroso. Una epidemia le hizo perder a la mitad de la chusma.

Afortunadamente Selim tenía otras intenciones. Su primer visir, Mohamed Sokolli le aconsejó dirigirse a España para apoyar la rebelión de los moriscos pero el Sultán había puesto sus ojos en Chipre, última posesión cristiana en Levante que pertenecía a la república de Venecia. Era el momento oportuno para rematar la conquista de Rodas con la ocupación de esta isla. En España se ventilaba la rebelión de los moriscos y su aliada Venecia no podía contar con su apoyo.

Tras la muerte del terrible Dragut en el asedio de Malta, un nuevo nombre suena con fuerza en el corso musulmán. Es el renegado calabrés Uluch Alí, uno de los más temibles enemigos que tuvo la cristiandad en el Mediterráneo, convertido en bey de Argel por el sultán turco Selim. Uluch Alí envió a los moriscos andaluces armas, municiones y sobre todo promesas que atizaron el fuego de la insurrección. El sultán Selim aprovechó la situación y en julio de 1570 desembarcó en Chipre. Mientras, la escuadra de Uluch Alí se movía en aguas de Sicilia. El Papa Pío V convocó una coalición para acudir en socorro de la isla asediada y entre los convocados se encontraron como siempre los caballeros de Malta.

El 26 de junio de 1570 la flota de la Religión, al mando de su general, el bailío aragonés Francisco de San Clemente, se dirige a Mesina para unirse a las 51 galeras de Juan Andrea Doria. Pero Doria ya había zarpado de Mesina hacia Bicerta con la pretensión de sorprender a Uluch Alí y derrotarle, dejando así el paso libre a Levante. El marqués de Pescara, aprovechó la llegada de los malteses y le llevaron a Trapani. Una vez prestado este servicio al virrey, el almirante San Clemente decidió, en contra de sus capitanes, volver a Malta alegando dos motivos. En primer lugar que no se sentía autorizado para reunirse con Doria en Bicerta y que debía recibir instrucciones de sus superiores. Por otra parte el capitán de la *Santa Ana*, frey Francisco de Labata, había muerto después de una rápida enfermedad y según San Clemente, su sustituto debía ser nombrado en la isla. Un corsario marsellés, llamado "Pata de Palo", trajo el aviso que el temible Uluch Alí estaba en la zona con un buen número de galeras. Ante la proximidad del argelino, el virrey, el obispo y los marinos de Trapani desaconsejaron a San Clemente la partida. Sus cuatro capitanes de galera le pidieron al menos zarpar de amanecida para navegar con visibilidad. Pero la decisión del general estaba tomada: volver a su base lo antes posible. Como los aprovisionamientos en Malta eran caros, San Clemente, contraviniendo las ordenanzas de la Orden, aprovechó para cargar su galera con gran cantidad de provisiones e incluso vacas y ovejas para el consumo del Albergue de Aragón, del que era Pilier. Finalmente, el 14 de julio de 1570, al anochecer, las cuatro galeras de Malta zarparon de Trapani. Al amanecer se encontraban ya a la altura de la costa oeste de la isla de Gozo, a unas

veinte millas de tierra. De pronto, a tiro de mosquete de la capitana, surgieron entre la bruma unos puntos negros. Las cuatro galeras de Malta se vieron rodeadas por siete galeras y doce galeotas de Uluch Alí. El argelino pensó en un primer momento que era la avanzadilla de la armada de Doria y estuvo a punto de eludir el combate. Ante la superioridad enemiga – casi cinco contra uno– las galeras de Malta se dispersan. La capitana vira en redondo y sin la menor señal, iza la gran vela bastarda y emprende la huida. Uluch Alí se da cuenta de su error y se lanza en su persecución con doce de sus galeras. Los comandantes de los otros tres buques cristianos, sin órdenes y atónitos ante la actitud del general, quedaron indecisos. La *San Juan* sigue a la capitana. Durante toda la mañana mantuvieron una distancia de cuatro millas, pero el viento amaina y los barcos berberiscos, más ligeros, empiezan a ganar terreno. El piloto de la *San Juan* cometió un error y la galera fue finalmente alcanzada a cinco millas de Licata, en Sicilia. Su comandante, el francés Voguedemar se rindió sin combate. San Clemente por su parte, había recorrido ya las poco más de 40 millas de vuelta a Sicilia y decidió buscar refugio bajo la protección del castillo de Licata. Pero a bordo es el caos. San Clemente no controlaba el buque. El cómitre no se atrevía a dar latigazos a la chusma y el piloto, perdidos los nervios, falló la bocana del puerto. Dos galeras perseguidoras se echaron encima y sólo la decisión de los caballeros, que se lanzaron a la crujía y obligaron a la chusma a reanudar la boga, les salvó del abordaje. Un poco más lejos estaba la torre de Montechiaro, en la desembocadura del río Fiumara. La galera entró de popa en el estuario y fondeó, pero su desastroso gobierno le hizo dar de través contra la costa y quedó encallada. El general San Clemente, cargado con su vajilla de plata, abandonó la galera y la tripulación, embarcó en el esquife y se refugió en la cercana torre. En su huida abandonó también el sagrado estandarte de la Religión, el mismo que vio morir con generosidad y valentía a tantos caballeros de Malta. Un joven griego, Miguel Calli, ayudado por el caballero Granfigliacci, lo arrió, lo dobló y a golpes de espada se abrió paso entre los galeotes que habían roto sus cadenas. Unos meses después este mismo estandarte ondearía a popa de la nueva capitana de Malta en Lepanto. Mientras el general huía a golpe de remo, los azabs de Uluch Alí se arrojaron al agua y masacraron con sus cimitarras a caballeros, tripulantes y soldados. Cuarenta hombres fueron muertos o hechos prisioneros.

Mientras tanto, siete galeotas habían emprendido la persecución de la patrona *Nuestra Señora de la Victoria* y de la *Santa Ana*, que pusieron rumbo a poniente alejándose de la costa para evitar que los marineros intentaran ganarla a nado. Cinco de ellas les pisan las popas. Los dos capitanes, uno de ellos el español frey Jerónimo de Hoces, decidieron pasar al ataque y morir como caballeros de Malta. Después de animar a sus soldados y de liberar de sus cadenas y armar a la chusma, a una señal convenida abatieron las entenas, hicieron una rápida cia-

boga volviendo la proa al enemigo y se aprestaron al abordaje. Pero la *Santa Ana* enredó la vela bastarda en el árbol de mesana y falló la maniobra. La *Patrona* volvió a arbolar la entena e iza velas de nuevo, mientras que la *Santa Ana* quedó al paio rodeada por las galeotas enemigas que abren un intenso fuego de morteros y arcabucería. El capitán Hoces supo que había perdido, pero entiende que hay dos maneras de hacerlo: la de San Clemente y la suya. Pide a gritos a la *Patrona* que se salve y emprende una lucha perdida de antemano. Después de cuatro horas de combate, la galera, abordada por proa, por popa y por las dos bandas, sucumbió ante la llegada de las dos galeotas rezagadas. Veinte caballeros murieron en la *Santa Ana*, entre ellos los españoles Miguel Cruzat, Pedro de Cañizar, Francisco de Barragán, Diego Enríquez y el propio Jerónimo de Hoces. Los pocos supervivientes fallecieron a consecuencia de las heridas. Pero su heroico comportamiento sirvió no sólo para salvar el honor sino también a la patrona *Nuestra Señora de la Victoria* que pudo ganar la costa de Sirgenti, en Sicilia. La Religión perdió en este combate tres de sus cuatro buques y sesenta y cuatro caballeros y hermanos sirvientes, tantos como perdería poco después en Lepanto. Doce españoles figuraban entre los muertos, heridos y cautivos. El argelino trató con respeto y consideración a los caballeros cautivos de la *Santa Ana* a la vez que lo hizo con desprecio y dureza con el resto. Uluch Alí vuelve triunfante a Argel y desde allí envió a Constantinopla, como obsequio al Sultán, la galera *Santa Ana* con los caballeros prisioneros.

Entre ellos estaba el enérgico frey don Diego Brochero, de 37 años. El que sería tiempo después famoso político y almirante de Felipe II pasó nada menos que cinco años remando en las galeras turcas. Una vez liberado, Brochero desarrolló una intensa y agresiva actividad de corso. Entre otras muchas presas, capturó un barco veneciano que comerciaba con el enemigo turco. Venecia en represalia tomó, mediante una estratagema, dos galeras maltesas. El asunto pasó a mayores y a punto estuvo de provocar la guerra entre Malta y Venecia. El propio Brochero llegó a caer prisionero de la Serenísima. El conflicto se solucionó después de una fuerte presión diplomática de Felipe II, de su embajador en Roma, el conde de Olivares y don Pedro González de Mendoza, embajador especial ante el Papa para este asunto y de otras personalidades de la época.

Continuemos con la triste historia de San Clemente que, desde su refugio en Montechiaro, presenció abrumado el desastre. En su desesperación intentó quitarse la vida pero el capitán Mecca y el comendador Nicolás Grimaldi lo desarmaron y lo trasladaron al castillo de Licata. Cuando la noticia llegó a Malta se produjo una indignación general, pues rara era la casa que no hubiese perdido un pariente en el desastre. El Gran Maestre Del Monte designó comisarios para determinar las responsabilidades y ordenó la detención del general, del piloto Orlando

y del cómitre Scarmuri. Estos dos últimos, que habían sido inmediatamente aprehendidos por el capitán de la *Patrona*, fueron enviados a Malta, juzgados, condenados a la horca y ejecutados. San Clemente consiguió huir a Roma disfrazado de capuchino. Allí pidió la protección del embajador de España, que intercedió ante el Papa, y envió un mensaje al Gran Maestre solicitando su perdón y pidiéndole permiso para retirarse de por vida al monasterio de Montserrat. Finalmente, ante la promesa del Gran Maestre de que la Orden no le haría daño físico, abandonó Roma en dirección a la isla, provisto de un salvoconducto papal. Pero el bravo pueblo maltés no pudo reprimir su indignación y formando un motín recibió a San Clemente bajo una lluvia de palos, golpes y pedradas. Para evitar que fuera descuartizado por la muchedumbre, los caballeros tuvieron que conducirlo por mar a la cárcel del fuerte de Sant Angelo. Ante la presión popular, el Gran Maestre decidió juzgarlo. Hacer dejación de su mando, sucumbir al miedo y sobre todo abandonar el sagrado estandarte de la Religión, fueron las graves acusaciones. Durante el juicio, San Clemente, desesperado, se hizo el loco y dos médicos de la Sacra Enfermería tuvieron que acreditar su perfecto estado de salud mental. Se le condenó a la degradación y a la pérdida del hábito, pena prevista en el Título décimo-octavo de los Estatutos para los casos de abandono del estandarte y de omisión de socorro a hermanos de Orden en combate. Para no incumplir la promesa hecha al Papa, la Orden lo puso en manos de la justicia secular, inhibiéndose de su suerte. El 19 de octubre, se produjo la solemne y estremecedora ceremonia de la degradación y de la privación del hábito. Todos los caballeros de la isla, en formación, estaban presentes ante el palacio del Gran Maestre. San Clemente, de rodillas, oyó cómo era declarado “miembro infame y pútrido” mientras que el sargento mayor le arrancaba la capa y las insignias de su grado. El 22 de septiembre, es decir, dos meses después del desastre, el ex-general de las galeras de la Religión fue entregado a la justicia secular por sus avergonzados e indignados hermanos de Orden. La justicia ordinaria, la castellanía, competente sólo sobre la población civil de la isla, condenó a muerte a San Clemente. Tres días después fue estrangulado en su celda y su cuerpo arrojado al mar en un saco lastrado con piedras. Así fue castigada, más que la inevitable derrota, la imprudencia y la cobardía de San Clemente. Ésta fue la única ocasión en la larga historia de la Orden, en que se juzgó un acto de esta índole frente al enemigo.

La derrota supuso una verdadera y también excepcional catástrofe para los sanjuanistas, sobre todo considerando que occidente estaba en vísperas de la Santa Liga. Además la galera *Capitana*, perdida, acababa de ser terminada en Marsella y estaba considerada como una excelente y rápida embarcación.

Para afrontar los cuantiosos gastos motivados por la reconstrucción de la isla y la fábrica de nuevas defensas, el Gran Maestre decidió levantar un crédito de 125.000 escudos bajo la garantía de los bienes de la Religión. El Papa ayudó a

la Orden concediéndole tres décimas sobre el reino de Nápoles, que junto a otras tres otorgadas un año antes, representó unos ingresos de 60.000 ducados. Llegaron también las "ricettas" de España acompañadas de gran cantidad de telas y paños enviados de Barcelona. Mientras ocurrían todos estos sucesos, el turco continuaba el asedio de Chipre. En septiembre Selim ya es dueño de Nicosia, la capital. Sólo Famagusta resiste. Pero la flota convocada por el Papa para la ayuda de Chipre no corrió con mejor suerte que la escuadra de San Clemente. Ante la caída de Nicosia, los almirantes deciden volver a sus bases. Esta vez el desastre no fue provocado por el enemigo sino por los elementos. Una fuerte tormenta echó a pique 13 galeras venecianas y ocho de Marcantonio Colonna. La coalición había sido un fracaso inútil y quedó disuelta.

El 18 de marzo de 1571 se terminó en Malta la ciudad de Valletta. Los caballeros abandonaron el Burgo y se trasladaron a la nueva capital, acompañados del pueblo maltés. El Gran Maestre comenzó a tomar medidas para restaurar la disciplina, que había sufrido un cierto relajamiento tras el asedio. Obligó a los caballeros, bajo graves penas, a residir en Valetta y a estar prestos para el combate. El 30 de mayo el Papa, después de once meses de negociaciones, tomó la decisión de convocar la Santa Liga, una alianza teóricamente perpetua para defensa de la cristiandad contra el enemigo turco. A requerimiento del Pontífice, el Gran Maestre fue inmediatamente informado por su embajador en Roma, el comendador fr. Giovanni Francesco La Motta.

El virrey de Sicilia, don Fernando de Ávalos, marqués de Pescara, pidió al Gran Maestre que enviase su flota a la reunión general de Mesina. Pero la Orden, recién sucedido el desastroso encuentro con Uluch Alí, no tenía flota. Los caballeros se encuentran en un serio aprieto. Sólo poseen una galera, la patrona *Nuestra Señora de la Victoria* que escapó de aquel terrible encuentro con el bey de Argel. Otra galera, la *Santiago* se encontraba en construcción en el arsenal de Marsella pero era imposible terminarla a tiempo. A pesar de estar justificada su ausencia, los caballeros, inasequibles al desaliento, no quieren dejar de asistir a la cita y prepararon rápidamente una segunda galera, la *San Pedro*, que era de propiedad particular de un caballero francés. Felipe II conocía bien la valentía de los sanjuanistas en combate y quiso que estuvieran presentes en la Liga. Por ello donó un casco de galera, que no pudo arbolarse y armar por la premura. Sería bautizada con el nombre de *San Juan*, patrón de la Orden. El virrey Pescara prestó al Gran Maestre 10.000 escudos y 60 esclavos para chusma. 200 remeros malteses fueron contratados como buonavoglies. Frey Pedro Giustiniani, prior de Mesina y general de las galeras, partió hacia Nápoles para buscarla. Aprovechó la ocasión para cumplimentar al cardenal Granvela, que había sustituido a Pescara en el virreinato. El 30 de julio de 1571, Giustiniani estaba de vuelta en Malta con la nueva galera a remolque y una importante suma de dinero recaudada en las enco-

miendas. Los caballeros, superando todas sus dificultades, consiguieron aparejar las tres galeras para el combate en un tiempo récord. Intentaron armar una cuarta, pero la falta de remeros y marineros les impidió su propósito. Para suplir esta carencia, el Gran Maestre decidió reforzar las tripulaciones con más caballeros y soldados de lo habitual. Todos los sanjuanistas presentes en la isla se ofrecen voluntarios pero sólo hay 190 plazas a bordo. Finalmente, tras una estricta selección, los 190 elegidos embarcaron con espíritu de privilegiados por la fortuna. Sólo volverían 120 de ellos. El Consejo de la Orden designó los distintos cargos de la pequeña flota, entre otros al gran bailío de Alemania, frey Joaquín Spar, capitán general de tierra si hubiera lugar a un desembarque y sargento mayor al español frey Tomás Coronel. Para evitar conflictos entre los mandos se ordenó que el general Giustiniani precediese al gran bailío de Alemania en la mar y que éste tuviese el mando y la precedencia en caso de combatir en tierra. Si el gran bailío muriese en combate, el prior nombraría un nuevo general de tierra y si falleciese el prior, Spar sería regente de las galeras. El 1 de agosto, cuando las distintas escuadras de la Liga pusieron rumbo a Mesina para ponerse a las órdenes de Don Juan de Austria, llegó la noticia de la caída de Famagusta después de setenta y cinco días de heroica resistencia. Su gobernador, Antonio Bragadino, sufrió un espantoso suplicio: después de cortarle la nariz y las orejas, fue desollado vivo.

El 10 de agosto de 1571 los tres buques malteses, bien armados y con la máxima tripulación, zarpan del puerto de Valetta para reunirse en Mesina con la flota de Marco Antonio Colonna. Uno de ellos, la patrona *San Juan* va al mando del español frey Alonso de Tejada. Frey Tomás Coronel fue designado sargento mayor en la empresa. Entre los caballeros se encuentra el gascón frey Maturin de Lescaut Romegas, conocido como el “bravo Romegas”, a quien el Papa en persona había pedido que pasara a su servicio dándole el cargo de superintendente de las galeras pontificias. El 24 de agosto llegó Don Juan de Austria a Mesina. El general Giustiniani cumplimentó al almirante en jefe en nombre del Gran Maestre. Don Juan ordenó que la escuadra de la Religión llevase a Malta a don Ruy Díaz de Mendoza para devolver la cortesía a Del Monte. Poco tiempo después de zarpar llegaron noticias del enemigo y Don Juan envía a una fragata para alcanzar a los buques de Malta y hacerles llegar la contra orden. El día 14 de agosto, desde el cabo de Espartivento, dictó una Cédula sobre el puesto de la capitana de Malta en la armada de la Liga. El 16 de septiembre don Juan dio la orden de levar anclas. A los pocos días de navegación un violento tramontano obligó a la armada a fondear en el golfo de Taranto. La capitana de Malta, arrastrada por la violencia del viento, estuvo a punto de varar en la playa. Finalmente la flota se hizo de nuevo a la mar.

El 22 de ese mismo mes, Pío V expide la bula *Cum sicut accepimus*, dictan-

do privilegios de precedencia a favor de las galeras de Malta. Los sanjuanistas no sólo navegaron a bordo de sus propios buques. Muchos de ellos estaban repartidos entre la flota aliada, llegando a desempeñar importantes cargos. Entre otros el prior de Hungría, frey Gabriel Serbellone, general de la Artillería; frey Vicenzo Caraffa, consejero de guerra de don Juan; frey Juan Vázquez Coronado, capitán de la galera del propio don Juan y frey Gil de Andrada, comandante de una de las escuadras de galeras, ambos del consejo de Su Alteza; “el bravo Romegas”, director de la escuadra pontificia; frey Gaspar Bruni, capitán de la capitana del Papa; frey Pagano y frey Andrea Doria, hermano y sobrino de Juan Andrea o el español frey Francisco de Guevara, también tuvieron puestos de responsabilidad. El 7 de octubre turcos y cristianos se encuentran frente a frente en Lepanto. Lo que sucedió después es bien conocido de todos.

Para terminar quiero señalar, como balance final, una cifra que pone de manifiesto el comportamiento de los caballeros de Malta en su función militar. Durante el período de seis años al que nos hemos referido, la Orden de Malta perdió en combate más de 380 freires, es decir dos tercios de su número total. El triste episodio del general Francisco de San Clemente fue sólo una gota amarga y excepcional en el océano de bravura, coraje y sacrificio que, tanto en Tierra Santa como en el Mediterráneo, fue en definitiva la historia y la vida de los caballeros de la San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta.

Bibliografía:

BOSIO, G.: *Dell'istoria della Sacra Religione et Illma. Militia di San Giovanni Gerosolimitano*. Roma, 1594.

FUNES, Fr. Juan Agustín de: *Coronica (sic) de la Ilustrissima Milicia y Sagrada Religión de San Juan Bautista de Jerusalem*. Valencia, 1626

PETIET, Claude: *L'Ordre de Malte face au Turcs*. 1996.

SALAVÁ, Jaime: *La Orden de Malta y las acciones navales españolas contra turcos y berberiscos en los siglos XVI y XVII*. Madrid, 1944